

Una “gracia” de Fernando VII

Para agradecer a Napoleón el monarca español devolvió la espada de Francisco I, arrebatada por las tropas del emperador Carlos V en la batalla de Pavía

Francia la tiene considerada como unos de los cien tesoros más importantes de las colecciones conservadas en *Los Invalidos*

Mariano Faci Ballabriga

EN la vigente edición de su Diccionario, la Real Academia Española define gracia como: “don o favor que se hace sin merecimiento particular; concesión gratuita; afabilidad y buen modo en el trato con las personas; benevolencia o amistad con alguien”. Coloquialmente dice que es: acción o dicho de un niño que le sirve de lucimiento, señalando que, refiriéndose a per-

so-
nas

líneas comprenderá el lector el título que las encabeza, pues fue una auténtica *gracia* la que nos hizo él, por aquél entonces, breve monarca español.

El Motín de Aranjuez

En la noche del 17 al 18 de marzo de 1808 se había producido el conocido como *Motín de Aranjuez*, tras el que el ministro afrancesado de Carlos IV, antiguo *guardia de Corps* de la reina María Luisa, y su presunto amante, Manuel de Godoy y Álvarez de Faria, fue hecho prisionero por el entonces Príncipe de Asturias, Fernando VII.

Tras la firma de la denominada *Paz de Basilea*, mediante la que se entregaba a los franceses la isla de Santo Domingo, a cambio de las tierras españolas por ellos conquistadas (hasta Miranda de Ebro), se le concedió a Godoy el título de *Príncipe de la Paz*, y así se referían a él siempre los historiadores galos.

Fue José Palafox quien, comisionado personalmente por Fernando, y a las órdenes de Ramón Rufino Patiño y Osorio, marqués de Castelar, apresó en Aranjuez a Godoy. Al día siguiente, sábado 19 de marzo, se produjo la abdicación del rey, a favor de su tercer hijo, Fernando VII. Carlos IV y el resto de la familia fueron conducidos a Bayona, donde se encontraba Napoleón.

Allí fue llamado Fernando, que acudió presuroso, sin saber que Bonaparte le iba a obligar a dejar la corona de nuevo en manos de su progenitor, para que éste hiciera rey de España al hermano del emperador, José, más conocido como Pepe Botella. Esto se produjo en la localidad francesa el miércoles 4 de mayo de 1808, por lo que el primer reinado de Fernando VII había durado sólo cuarenta y siete días.

El miércoles 23 de marzo había hecho su entrada en Madrid el Mariscal Joaquín Murat, procedente de Bayona, de donde había salido el día 8. Estando en el camino el nuevo lugarteniente de Napoleón en España fue nombrado por su mandatario Duque de Clèves y de Berg. Tenía ya tratamiento de Alteza Real e Imperial tras su matrimonio con Carolina Bonaparte, hermana del emperador de los franceses.

A su llegada a Madrid se instaló Murat en el palacio de Buenavista, propiedad de Godoy desde 1807, sede por aquel entonces del Consejo del Almirantazgo. Obra del arquitecto Francesco Sabatini, en 1788, según diseño de Ventura Rodríguez, fue completado en 1887

Detalle de la empuñadura de la espada del rey Francisco I de Francia

por Mariano Belmás. En la actualidad tiene en él su sede el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. Se encuentra entre la calle de Bailén y la plaza de la Marina Española, junto al Senado.

Al día siguiente, jueves día 24, lo hizo Fernando VII. Entró a caballo, por la puerta de Atocha. El séquito no era muy numeroso. Por el paseo del Prado y la calle de Alcalá llegó a Palacio. En un carruaje le seguían los infantes Carlos y Antonio. La comitiva hubo de detenerse varias veces, según cuentan, ante las aclamaciones de los madrileños. Era alcalde de Madrid Juan de Morales Guzmán y Tovar. El ínclito primer edil dictó un bando en el que pedía a los madrileños que trataran a los franceses *“con toda franqueza, amistad y buena fe”*. No obstante, Murat quiso que se enterase de que eran los franceses los que estaban en Madrid. Por ello hizo que sus tropas cubriesen carrera en el paseo del Prado, entonces la vía más amplia de la Villa y Corte.

Si tenemos en cuenta que el efímero rey emprendió viaje a la localidad francesa el día 10 de abril, aún hacemos más breve el período antes citado. Fue en esos dieciocho días cuando Fernando VII hizo la gracia que va a conocer el lector. Bueno, al menos una de las varias que debió de protagonizar. Pero ésta merece el calificativo de reseñable.

Una de las primeras visitas que debió hacer Murat a su llegada a Madrid fue a la Real Armería. Allí vio que se exhibía la espada que las tropas españolas, al mando de Carlos I de España y V de Alemania, habían arrebatado al rey francés, Francisco I, en la batalla de Pavía.

La Batalla de Pavía

Fue el 24 de febrero de 1525 cuando el ejército del emperador español, al mando de Francisco Fernando de Ávalos de Aquino, marqués de Pescara, calificado como un excelente arengador de los ejércitos, derrotaron a las tropas galas, capitaneadas por su monarca, Francisco I.

La batalla había comenzado a las cinco de la mañana, y tres horas y media más tarde Juan de Urbieta, natural de la guipuzcoana Hernani, Alonso Pita, gallego de Fe-



Carlos V y Francisco I de Francia

rol, y el granadino Diego Dávila (o de Ávila, pues por ambos nombres se le conoce) vieron caer de su caballo al rey francés. Le acorralaron, pero éste se negó a entregar su espada, en señal de rendición, a unos capitanes. Fue entonces cuando acudió al lugar el marqués Carlos de Lannoy, a quien le dio su arma y una manopla. Era entonces gobernador de Pavía el riojano Antonio de Leyva.

El rey francés fue hecho prisionero y confinado, inicialmente, en la Abadía de Pavía. El 19 de junio llegaba a Valencia, donde le esperaba gran cortejo, ordenado por el monarca español, encabezado por el obispo de Ávila. Por fin quedó, desde el 12 de agosto, en la Torre de los Lujanes, en la plaza de la Villa de Madrid.

Tras el breve relato de los protagonistas de Pavía, volvamos al tema concreto que nos ocupa, que es la espada de Francisco I y la gracia de S.M. don Fernando VII.

Nada más ver Murat el arma citada en la Real Armería se apresuró a comentarle al entonces ministro o secretario de Estado, Pedro de Cevallos, que parecía más conveniente que estuviese en poder de los franceses, como desagravio de Pavía. Llegó a escribirle sobre este tema a su cuñado en tres ocasiones consecutivas, los días, 28, 29 y 30 de marzo.

Una carta para la historia

Cevallos se lo contó de inmediato a su monarca, quien, sin pérdida de tiempo, le escribió esta carta al gran duque francés, fechada en Madrid, a 30 de marzo de 1808

“Señor, mi Hermano:

Tan pronto como mi Secretario de Estado me ha dado cuenta, de parte de V.A.I., que podía ser agradable a S.M. el Emperador de los franceses, Rey de Italia, el poseer la famosa espada de Francisco I, Rey de Francia, ganada por el Emperador Carlos V



Original de la espada del rey Francisco I de Francia



Busto de D. Francisco de Asís María Fernando de Borbón y Borbón Museo del Ejército. Madrid

en la batalla de Pavía, no he dudado un momento en decidirme a ofrecerla a S.M.I. y R., porque el mayor anhelo de mi corazón es el de probarle que quiero anticiparme a cuanto pueda serle grato, convenciéndole, además, de los sentimientos de alta estimación que abrigo a S.M.I. y R.

La mediación de V.A.I. es también uno de los motivos que argumentan el placer que experimento dando esta prueba tan clara de mi afecto a S.M. el Emperador; no podía confiar en mejores manos dicha espada, que depositándola en las de V.A.I. y R., tan dignas de tantos títulos, merecedora de la confianza y de la estimación de S.M. el Emperador, no solamente por los lazos de sangre que a ella le unen, sino, además, por las hazañas gloriosas que le han grangeado (sic) un nombre universal, valiéndole la honorable distinción de ser su Lugarteniente en España.

Espero que V.A.I. se apresurará a remitir a S.M. el Emperador esta célebre espada, con la carta adjunta que sobre ello he escrito, confiando además en que será cerca de S.M.I. y R. Fiel intérprete de mis sentimientos hacia su Augusta persona, así como de los deseos que experimento de estrechar cada vez más la amistad y la alianza íntima que constituyen la felicidad de nuestro pueblo.

Soy, con los sentimientos de estimación y de afectos más sinceros, de V.A.I. y R., su hermano, Fernando”.

Y se quedó tan ancho...

En la Gaceta de Madrid

La entrega de tan preciado objeto se produjo a las doce del mediodía del 31 de marzo, según recogió puntualmente la Gaceta de Madrid (número 31, páginas 339 y 340), del día 5 de abril, detallando el ceremonial. Esto decía:

“S.A.I. el gran duque de Berg y de Cleves había manifestado al Excmo. Sr. D. Pedro Cevallos, primer secretario de estado y del despacho, que S.M.I. el Emperador de los franceses y Rei (sic) de Italia gustaría de poseer la espada de Francisco I, Rei de Francia, rindió en la famosa batalla de Pa-

vía, reinando en España el invicto Emperador Carlos V, y se guardaba con la debida estimación en la armería real desde el año 1525, encargándole que lo hiciese así presente al Rei nuestro Señor.

Informado de ello S.M., que desea aprovechar todas las ocasiones de manifestar a su íntimo aliado el Emperador de los franceses el alto aprecio que hace de su augusta persona, y la inspiración que le inspiran sus inauditas hazañas, dispuso inmediatamente remitir la mencionada espada a S.M.I. y R.; y para ello creyó desde luego que no podía haber conducto más digno y respetable que el mismo Sermo. Sr. gran duque de Berg, que formado a su lado y en su escuela, e ilustre por sus proezas y talentos militares, era más acreedor que nadie a encargarse de tan precioso depósito, y a trasladarle a manos de S.M.I.

A consecuencia de esto, y de la real orden que se dio al Excmo. Sr. Marqués de Astorga, caballero mayor de S.M., se dispuso la conducción de la espada al alojamiento de S.A.I. con el ceremonial siguiente:

En el testero de una rica carroza de gala se colocó la espada sobre una bandeja de plata, cubierta con un paño de seda de color punzó, guarnecido de galón ancho brillante y fleco de oro; y al vidrio se pusieron el armero mayor honorario D. Carlos Montargis, y su ayuda D. Manuel Trotier. Esta carroza fue conducida por un tiro de mulas, con guarniciones también de gala, y a cada uno de sus lados 3 lacayos del Rei con grandes libreas, como asimismo los cocheros.

En otro coche, también con tiro, y 2 lacayos a pie, como los 6 expresados, iba el Excmo. Sr. Caballero mayor, acompañado del Excmo. Sr. Duque del Parque, teniente general de los reales ejércitos (sic), capitán de las reales guardias de Corps.

Precedía a este coche un correo de las reales caballerizas, y al estribo izquierdo iba el caballero de campo honorario D. Josef González, según corresponde uno y otro a la dignidad de caballero mayor en tales casos.

Concurrió a este acto de orden de S.M. una partida de reales guardias de Corps, compuesta de un subbrigadier (sic), un cadete y veinte guardias, de los cuales cuatro rompían la marcha, y los demás seguían detrás de la carroza en que iba la espada.

En esta forma se dirigió el acompañamiento a las 12 del día 31 de marzo anterior desde la casa del señor marqués de Astorga a la en que se halla hospedado el Sermo. Sr. gran duque de Berg. Luego que llegó la carroza en que iba la espada, se apearon los dos armeros, y, tomando el honorario la bandeja con ella, aguardaron a que lo verificasen el señor caballero mayor y el capitán de guardias, y subiendo delante de SS. EE. hasta el salón en que esperaba el gran duque.

Allí tomó la bandeja el señor marqués de Astorga, y después de entregar la carta que llevaba de

El rey Francisco de Asís ordenó vaciar una copia exacta, que se conserva en la Armería Real de Madrid

parte del Rei nuestro señor, y hecha una corta arenga, presentó al gran duque la bandeja con la espada, que S.A.I., recibió con el mayor agrado, contestando con otro expresivo discurso.

Así concluía la Gaceta de Madrid la relación de lo acontecido aquel jueves 31 de marzo de 1808, día que me atrevo a calificar como de triste recuerdo para nuestra historia, en el que los madrileños se echaron a la calle para manifestar con ruido su protesta por la acción del monarca.

El marqués de Astorga, residía en Madrid en el palacio de Altamira, cuyo condado también ostentaba, situado en el número 8 de la calle de la Flor Alta, casi esquina con la de San Bernardo, mandado construir en 1772 por su padre, Ventura Osorio de Moscoso. Con posterioridad a esta encomienda real, el marqués formó parte de la Junta de Defensa de Madrid, donde falleció el 26 de agosto de 1816.

Uno de sus nietos, Vicente Pío Osorio de Moscoso y Ponce de León, prócer del Reino, fue nombrado senador vitalicio, pero no fue admitido en la Cámara Baja en 1834, por no haber cumplido la entonces edad reglamentaria. Había nacido en Madrid el 11 de julio de 1801.

A propósito del edificio número 8 de la calle Flor Alta de Madrid, en julio de 2004 lo adquirió el ayuntamiento de la Villa y Corte para establecer en él un Centro Internacional de Diseño, tras suscribir un convenio el pasado 14 de julio, con el Instituto Europeo de Diseño.

Respecto al posible recorrido seguido por las carrozas reales, bien pudo ser por la actual Gran Vía y las calles de Silva y Torija, para llegar al palacio de Buenavista.

Recordará el lector que Carlos I había dado la grandeza de España a Álvaro Pérez Osorio de Rojas Manrique, III marqués de Astorga, cinco años antes de la batalla de Pavía. ¿Quién le iba a decir al emperador español que casi tres siglos después uno de sus descendientes iba a ser quien devolviese a Francia tan preciada espada? En Osorio de Moscoso y Guzmán de la Cerda concurrían por aquel entonces doce grandezas de España, siendo la persona *más titulada* del reino.

Por la documentación existente en los archivos del marquesado de Astorga se conoce parte del parlamento de Murat, recogido por Ibáñez Marín, que dijo:

“Recibo y toco con un santo respeto el arma de un bravo. Si la jornada de Pavía puso en poder de los españoles un trofeo de tanta gloria, ésto no empeñó en nada el nombre francés, porque la fortuna es veleidosa.

Este arma ocupará en adelante un lugar en el seno de la capital de una gran nación donde florece la bravura. Ella recordará a los siglos venideros el siglo del gran Napoleón y el siglo de Carlos V. ¡Acaso sea también la garantía sagrada de una amistad constante entre las dos naciones, y la consolidación para siempre de los lazos de buena armonía que les unen!”

Murat se apresuró a enviarle la espada a su cuñado (no sabemos si con o sin bandeja de plata), que se encontraba, como ya conoce el lector, en Bayona. Napoleón con fecha 6 de abril de 1808 le decía en una carta dirigida

a su cuñado, que conocemos por el libro “Murat, Lieutenant de L'Empereur. París. Ed. Plon, Nourrit et Cie. 1897”:

“La espada de Francisco I no valía la pena de que hicieseis aparatosas ceremonias en estas circunstancias. Francisco I fue Rey de Francia, sin duda, pero era un Borbón; y su espada no fue, por otra parte, tomada por los españoles, sino por los italianos...”

Bien sabía Bonaparte que Francisco I era un Valois-Anguleme y no un Borbón, pero en ese momento parecía que poco le interesaba que le regalasen espadas. Puede parecer sorprendente que Murat recibiera la espada el 31 de marzo y la carta de Napoleón lleve fecha del 6 de abril, pero hay que recordar que Bonaparte se encontraba en Bayona.

Sobre si fueron españoles o italianos los vencedores en Pavía, puede que no tuviese cumplida noticia de quienes protagonizaron la batalla y sólo sabía dónde se encontraba el escenario de aquella; aunque algunos historiadores franceses italianizan a un vasco, un gallego y un andaluz.

Joseph Lavallée, en su “Histoire et description



Retrato de Fernando VII. 1815
Francisco de Goya
Oleo sobre lienzo (207 x 125 cms.)
Museo de Zaragoza



*Fiesta de toros en Madrid o El matador corso en peligro. 1808
Museo Municipal de Madrid*

de l'Espagne: depuis l'expulsion des Maures jusqu'à l'année 1847", narra el apesamiento de Francisco I y su posterior puesta en libertad, consecuencia del Tratado de Madrid, de 14 de enero de 1526, dejando como rehenes del rey Carlos a sus dos hijos. Más adelante cuenta la devolución de la espada del monarca francés y cita también la Gaceta de Madrid del 5 de abril de 1808 como referente de la parafernalia montada.

Los dos hijos del rey gallo estuvieron durante cinco años prisioneros en el castillo de la segoviana Pedraza. *El Delfín*, el primogénito, falleció de corta edad, heredando la corona el pequeño, que reinaría como Henri II.

Ese mismo castillo fue en el que, tras adquirirlo en 1921, estableció su estudio el célebre pintor Ignacio Zuloaga; quien, cinco años antes, había comprado la casa natal de Goya, en Fuendetodos y establecido un museo en ella al año siguiente.

Parecía conveniente conocer dónde está la espada a día de hoy, casi doscientos años después de aquél 31 de marzo.

Una copia exacta para la Real Armería

En el "Catálogo de los objetos de la Real Armería, impreso de orden de SS.MM. por D. Eusebio Agudo, impresor de Cámara de S.M. y de la Real Casa. Madrid - 1863", página 93, señalado con el número 1.766, se lee:

"Copia exacta de la espada del rey de Francia Francisco I, prisionero del emperador Carlos V en la memorable batalla de Pavía, mandada sacar de orden del rey N. Sr. D. Francisco de Asís de Borbón, del original que estaba en esta Armería, y que ahora se halla en París en el Museo de Artillería, señalada con el número 832. Está ejecutada por el arcabucero de la Reina, y teniente mayor de esta Armería, Don Eusebio Zuloaga".

El autor de la copia exacta fue el abuelo del pintor eibarrés Ignacio Zuloaga, antes citado. Tenía su taller en la madrileña travesía del Conde Duque. Había heredado el oficio de su padre, Blas, que luchó en la guerra de la Independencia junto al general Castaños.

Eusebio Zuloaga y González (1808-1898), fue armero de Fernando VII, ballestero del Rey, arcabucero de Isabel II y Francisco de Asís, y teniente armero mayor de la Real Armería durante muchos años. Fue importante su labor de decoración con técnicas de esmaltado y, sobre todo, de damasquinado con incrustaciones de oro y plata, que llegó a dominar con perfección. Prueba de ello es la reproducción de la espada de Francisco I. Puede que viese el original a copiar en alguna de sus estancias en París, pensionado por la Real Casa.

Cuando hace unos años se comenzó una remodelación de las salas de la Real Armería, en el Palacio de Oriente de Madrid, se retiró la copia de la exposición al público, encontrándose en la actualidad en los almacenes palatinos hasta que se concluyan los trabajos entes citados.

¿Dónde está en la actualidad la espada original? Pues... en Los Inválidos de París, donde se agruparon los fondos de los diferentes museos militares franceses.

El ahora denominado Museo de la Armada se creó en París en 1905, por fusión del de Artillería, instituido en 1794 en Santo Tomás de Aquino y trasladado a Los Inválidos en 1871, y del Museo Histórico de la Armada, establecido en 1896.

Tras la expulsión de los monjes, el 23 de febrero de 1792, el convento parisino de Santo Tomás de Aquino se convirtió en Museo de Artillería, el primero de carácter militar de los que se establecieron en la capital. La iglesia de dicho cenobio se reabrió al culto en 1803. En ella tuvo lugar el 26 de diciembre de 1804 la coronación de Napoleón I, quien, un año y medio antes, con su esposa, Joséphine Tascher de la Pagerie, había apadrinado a Joséphine de Marescot

Los responsables del actual museo dicen de él que: *"por sus colecciones y su fama encierra, a un tiempo, la memoria viva de la Armada y el nivel nacional de las armas antiguas".*

Entre los meses de marzo a octubre de 2004, en las salas de exposiciones temporales de *Los Inválidos* se ha hecho la *"Presentation de pièces emblématiques des collections d'Armes et Armeurs anciennes"*. En ella ocupa lugar preferente el arma que nos ocupa que definen así:

"Espada de Francisco I: Empuñadura: Trabajo francés hacia 1510-1515. Filo: Trabajo italiano de hacia 1480. Hierro, cobre, dorado y esmaltes".

Procedente del de Artillería, donde estaba señalada con el citado número 832, está la célebre espada, así descrita en *"Invalides, 100 trésors des collections"* (Ediciones Perrin, mayo de 2000):

"Raras son las piezas conservadas en las colecciones públicas que aparecen cargadas de tanta significación y memoria histórica. Según las crónicas esta espada fue arrebatada por Juan Aldava, coronel mayor de los italianos, de la tienda del rey Francisco I, tras su captura, el 25 de febrero de 1525 en Pavía, en Lombardía. Reaparece en la Armería Real en 1585, durante el reinado de Felipe II.

En 1808, Murat, requerido por Napoleón, la traslada de Madrid a París, quedando desde entonces depositada en el despacho del Emperador, en las Tullerías.

Se ignoran las circunstancias en las que se realizó este arma de aparato, cuya construcción, evocando el corte cruciforme de las espadas medievales, muestra una hoja anterior con antigüedad de unos treinta años. Firmada: P. A. Cataldo.

La guarda, dorada y esmaltada, de un bello efecto decorativo, lleva grabado un versículo del Magnificat. "Fecit potentiam / in brachio suo" (En su brazo da poder).

La ausencia de una corona real colocada debajo del monograma grabado en el filo de la hoja, y debajo de la salamandra emblemática, repetidas sobre la decoración de la empuñadura, parece indicar que esta espada es anterior a 1515, año del advenimiento de Francisco I".

El autor de las líneas precedentes arrimaba, como puede verse, el ascua a su sardina, haciendo al tal Juan Aldava coronel de los italianos e indicando que había tomado la espada de la tienda del rey, todo ello, claro, según las crónicas... francesas. Para subsanar el error fue necesario indicar al actual museo militar parisino la signatura de varios libros, existentes en la Biblioteca Nacional de Madrid, en los que narra cumplidamente la batalla de Pavía.

Hacia ese año de 1585 fue cuando Felipe I de Aragón y II de Castilla creó la Real Armería con enseres de guerra suyos y de su padre, Carlos I de España. A buen seguro que la espada que nos ocupa fue una de las piezas principales que allí se depositaron.

Esta es la historia de aquella gracia de Fernando VII en aquellos primeros días de su, entonces, efímero reinado en marzo y abril de 1808. Nos queda el consuelo de que los franceses la tienen considerada entre los cien tesoros importantes de las colecciones conservadas en Los Inválidos.

Apunte final

El Dr. José Ignacio de Arana, en su libro *Historias curiosas de las guerras* afirma que esta espada llegó a Francia en 1940 ó 1941, cuando se recuperó la Dama de Elche, vendida a los galos en agosto de 1897. Apunta que los generales Franco y Pétain acordaron el retorno de la escultura aparecida en Elche y otras piezas, a cambio de un cuadro de Velázquez y de la espada que nos ocupa.

Los gobiernos de Madrid y Vichy establecieron en 1940 que volviesen a España "*La Inmaculada*" de Murillo, la *Dama de Elche*, y parte del *Tesoro de Guarrazar* y del *Archivo de Simancas*, que se encontraban en diversos museos de Francia.

Al citado cuadro, de 222 x 118 centímetros, se le conoce también como "*la Inmaculada de los Venerables*" o "*la Inmaculada de Sout*", pues fue del famoso Hospital sevillano de los Honorables Sacerdotes, para donde Bartolomé Esteban Murillo la había pintado en 1678, de donde la expolió el mariscal francés Sout en 1813.

Respecto al tesoro de Guarrazar, así denominado por haberse hallado en 1858 en la huerta de ese nombre, cercana a la localidad toledana de Guadamur, donde unos clérigos visigodos lo habían enterrado junto a la iglesia del monasterio de Santa María de Sorbaces. Fue adquirido en 1859 por el museo de Cluny de París, donde se conservan las piezas de la Edad Media.

Catalogada con el número 2.879 aún se conserva una en la capital gala donde, con las coronas y demás objetos devueltos a España en 1941, habían llegado procedentes de la adquisición de las mismas a un general francés. En la actualidad las coronas del siglo VII recuperadas se encuentran en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid.

En lo referido a la parte recuperada del Archivo de Simancas, los diecisiete cajones que contenían los papeles recuperados se depositaron inicialmente en el Museo del Prado y fueron trasladados en octubre de 1942 a la Biblioteca Nacional.

La Dama de Elche, con los objetos antes citados, llegó a Portbou el 8 de febrero de 1941. En junio se inauguró una exposición con todos ellos en el Museo del Prado, que permaneció ocho meses abierta al público en la llamada *Sala Francesa*. Todo se trasladó al Museo Arqueológico Nacional, a excepción de la escultura, que permaneció en la pinacoteca hasta el 14 de octubre de 1971, fecha en la que fue depositada en el mismo centro que el resto de las piezas.

Como contrapartida se entregó a los franceses lo siguiente: un lienzo de Diego Velázquez, representando a Mariana (María Ana en algunos catálogos) de Austria (según el catálogo del Louvre, es réplica del que se conserva en el Prado); un retrato del Greco, obra de Antonio de Covarrubias y Leyva, aunque el modelo para este pequeño lienzo (58 x 68 centímetros) fue un canónigo de la catedral de Toledo, amigo de Domenico Theotocopoulos; y el tapiz "*Riña delante del albergue nuevo*", de la fábrica de Santa Bárbara realizado con cartón del aragonés Francisco de Goya y Lucientes.

Otros de los preciados objetos devueltos por Pétain fueron unas banderas, auténticas reliquias para los zaragozanos, que merecerán que, en otra ocasión nos ocupemos de ellas.

Pero, de momento, la espada original que hemos citado... sigue en París.



Joachim Murat dando cuentas a Napoleón
Museo Municipal de Madrid.